

lado, que le compelió á que sin resistencia recibiera la cédula, como lo ejecutó con rendimiento, aunque confuso y dolorido.

Conocia este venerable padre que la mejor prenda para merecer un obispado en el que tiene talento y prendas para administrarle, es el no pretenderle, sino forzado por precepto, porque esto es señal así del propio conocimiento, como del concepto alto del oficio. El que conociese bien su insoportable peso, ha de temer la debilidad de sus fuerzas; ¡oh! y cuántos por no hacerse cargo de este peso, han caído en el abismo de su deshonra, abrumados de la carga! Tema el peligro quien tiene ojos para verle; infelices de aquellos que no ven este peligro ó porque ciegos con su ambicion le solicitaron ó porque los cegó la ignorancia, y entrando en él intrépidos se hallan en sus operaciones confusos, y muchas veces pesarosos, como lo experimentamos con dolor y sentimiento de muchos. No así nuestro venerable obispo: conoció el peligro y peso, y aunque Dios le habia dotado de prendas suficientes para el cargo, le parecia á su humildad que eran ningunas, motivo porque á no impelerle la obediencia, se hubiera resistido constante y religioso. Nombrado y consagrado obispo, pasó á su obispado en las primeras banderas, en el cual se ocupó, sin decaecer en un ápice de su religiosa vida, ni del ministerio de cura de almas: mas como es la distancia de esta provincia á la del reino del Chile tan grande, y el comercio de una y otra parte ninguno, no hemos tenido individuales noticias de lo que ejecutó en su obispado. No dudo seria mucho, que no prometia menos su vida ejemplar, su sólida virtud y su mucha y rígida penitencia. La señal mas evidente de haber sido varon eminente, despues de sus ya referidas virtudes, es el haber salido de una provincia tan trabajosa, y de unas soledades de bárbaros chichimecos, y haber hallado en un reino como el de España sin propia solitud ni la mas leve imaginacion, el honor de una mitra, despues de la cual podemos piadosamente creer que logra la superior honra de la eterna gloria.



## CAPITULO XI.

*Refiérese la vida del venerable padre Fr. Nicolás de Salazar, hijo de esta provincia de Zacatecas.*

El religiosísimo y venerando padre Fr. Nicolás de Salazar ilustró esta santa provincia con su escelente virtud y muchas letras: fué virtuosísimo clérigo secular y vino á esta provincia por secretario del primer señor obispo de Durango, el Sr. Hermosillo y Salazar, de quien este venerable padre era pariente muy cercano, y lo son hoy dia las mas esclarecidas familias de Durango. Amábale el señor obispo tiernamente, y le veneraba, porque conocia su grande talento acompañado de grande humildad y despego de todas las cosas de este mundo. Asistió al ministerio de secretario de su ilustrísima algun tiempo, siendo el consuelo de todo el obispado, haciendo buen tercero con su señoría ilustrísima á los pobres y menesterosos que necesitaban de su amparo, repartiéndoles compasivo con generosa piedad los pocos emolumentos que por razon de su oficio percibia. Reconoció el venerable sacerdote que el oficio de secretario le motivaba á alguna distraccion en los ejercicios en que deseaba ocuparse; y ansioso de tener estado quieto y sosegado en que darse á la contemplacion y no estraerse á cosas que le pudieran impedir tan alto empleo, pidió al señor obispo su bendicion y licencia para recibir el santo hábito de nuestra Seráfica familia en esta provincia de Zacatecas.

Procuróle el señor obispo disuadir de su resolución, porque sentía perder compañía tan apreciable de un compañero que le era maestro de su espíritu; con cuya dirección conocía el devoto príncipe muchos adelantamientos en su espiritual provecho, faltándole en él el director de sus negocios: pidióle que no le dejase, supuesto que en el estado en que se hallaba, podía hacer á Dios muchos servicios y mucho bien á los prójimos. Deseaba el justo prelado que D. Nicolás perseverase en su compañía, porque como ésta en sentir de San Juan Crisóstomo hace á los amigables compañeros iguales, quería imitarle el espíritu y tener su perfección por espejo: tan eficaces razones supo alegar el venerable sacerdote en favor de su conciencia, y con tan elocuentes palabras abogó por parte de su salvación, que enternecido el príncipe le concedió su bendición para que pusiera en práctica sus fervorosos deseos. Despidióse con muchas lágrimas de su señoría, y de toda la familia, pidiéndoles perdón si en alguna cosa les hubiese faltado ú ofendido; con tal humildad y rendimiento lo hizo, que escitó en los ojos de todos piadosas lágrimas, porque á la verdad era de toda la familia bien visto y respetado. Repartió lo que tenía, que no era mucho, entre los pobres, y salió muy contento en seguimiento de su vocación, dejando muy tiernos á los feligreses del obispado, que como le habían experimentado desinteresado y bienhechor de todos, sentían que les faltase tan estimable valedor y persona tan piadosa.

Fué recibido á nuestra Seráfica familia y compañía, con especial gusto de toda la comunidad y de toda la provincia; porque como su virtud era conocida, sus letras notorias, y de todos aclamado su fervoroso espíritu, siempre se discurrió que había con su recepción de recibir la provincia mucho lustre con tenerle por su hijo. Conforme lo discurrieron sucedió, porque siempre se gloriaron de hijo tan sabio, tan virtuoso y de tan excelentes prendas. Era ya sugeto consumado, cuando hizo profesión en nuestro Orden seráfico; porque fuera de ser eminente teólogo, tenía perfecta inteligencia de las lenguas hebrea y griega, y era orador fecundo y facundo: ocupóse algunos años leyendo en Zacatecas teología escolástica, sin faltar á la predicación evangélica en que era continuo y muy seguido,

porque tenía especial don de claridad y eficacísimas palabras; de manera, que los que le oían, aunque fueran de endurecidos pechos, salían de sus sermones compungidos. Hizo con su predicación maravillosos efectos, sacando muchas perdidas almas del infeliz estado en que por sus culpas estaban sumergidas. Compuso muchas enemistades de autorizadas personas que se hallaban muy discordes. Por su mano se hicieron muchas restituciones de haciendas mal habidas; y finalmente, para serenar las sangrientas tempestades que cada día se originaban en los minerales que asistía, fué siempre el iris que las desterraba.

En el confesonario asistía continuamente, guiando muchas devotas almas con sus cuerdos documentos, sin que tan continuados ejercicios fuesen causa de que jamás faltase á todos los actos regulares de comunidad en que puso especial vigilancia. No contento con estos empleos, aprendió la lengua de los indios y se ejercitó en la ocupación de ministro muchos años, instruyéndolos con caridad y amor, de que no recibieron poco fruto. Hizole difinidor la provincia, sin que por esto faltase un punto al ministerio y cuidado de las almas, hasta que la obediencia le mandó fuese á la ciudad de San Luis Potosí por comisario del tercer Orden de Penitencia, para que, fomentado de su religiosísimo fervor y espíritu, tuviese los aumentos espirituales que deseaban los prelados. En cumplimiento del mandato fué á dicha ciudad, en donde puso la junta de los Terceros en el excelentísimo punto, agregándose á ella todas las personas nobles, así eclesiásticas como seglares: impúsoles muchos ejercicios devotos, así de oración como de otros piadosos empleos; y como era estricto ejecutor de tan santas operaciones, y tenía su predicación tanto crédito como su vida, todos le seguían con mucho gusto, y habiendo tenido este venerable Orden en San Luis religiosos de espíritu elevado por comisarios, solo á este venerable varón le tienen por tradición hasta el día de hoy en la memoria. Tenía nómina de las personas nobles y pobres de la ciudad, y con ella se iba en casa de los mineros ricos y hombres de caudal, rogándoles cogiesen por su cuenta remediar á tal ó tal casa, dándoles por Dios en cada semana algún socorro, lo que hacían de buena voluntad, teniéndose por

muy dichosos de que se valiese de sus haciendas el venerable padre para tan piadosas obras, con que quedaban muchas necesidades remediadas; y los que las hacian, lograban el fruto del merecimiento.

Fué preciso que el muy reverendo padre provincial de esta provincia partiese á los reinos de Castilla, cuando nos despojó el Illmo. Sr. obispo Hevia de las doctrinas de la Vizcaya; y habiendo conocido el difinitorio que el talento y virtud del venerable padre Salazar podria consolar la pena de la provincia en la ausencia del prelado, le eligieron en vicario provincial, bien á su disgusto: ejerció pocos dias el oficio, porque reconoció que no podia hacer el fruto que deseaba en sus terceros, ni acudir á la predicacion como acostumbraba por las ocupaciones de su oficio, y lo que mas era, no apetecer mandar, sino obedecer; y presumirse indigno de la prelación: hizo renuncia en forma ante el muy reverendo padre comisario general, pidiéndole por amor de Dios le eschonerase de la pesada carga de la prelación, porque reconocia muy desiguales sus fuerzas á las que el ministerio requería: con tan eficaces palabras le supo suplicar, que le admitió la renuncia, poniendo en su lugar otro religioso de mucha virtud y buenas prendas. El dia que se le admitió la renuncia fué para su humildad uno de los mas festivos de toda su vida, celebrando el eschonerarse del cargo con las demostraciones de alegría que otros suelen recibirle. Entregados los sellos y patentes de la provincia que á su cargo estaban, se retrajo á una pequeña celda en que se ocupaba en sus espirituales ejercicios de oracion, disciplina y leccion sagrada, cuidando de sus Terceros y de las devotas almas que le tenian por padre de su espíritu.

Jamas usó de túnica interior, sino que el hàbito le traía á raiz de sus afligidas carnes, las que á todas horas maceraba con sangrientas disciplinas, usando lo mas del año de un áspero cilicio de las cerdas de los animales inmundos; en el ayuno fué muy rígido, pues ademas de los que prescribe nuestra regla añadía otros muchos, conque venia á ayunar lo mas del año; en la oracion era continuo y fervoroso, y rara noche dejaba de tener dos horas de meditacion sobre la muerte y tormentos de mi Señor Jesucristo. Así estaba prevenido este venerable pa-

dre, cuando habiendo bajado un dia al refectorio con la comunidad y habiendo en ella comido unas yerbas, movido de superior impulso, se levantó de la mesa, y con la licencia del prelado pidió perdon á todos del mal ejemplo que habia dado, y con copiosas lágrimas se despidió de todos, diciendo: que el dia siguiente pasaria á la otra vida; y así, que le asistiesen con sus oraciones para jornada tan peligrosa; mirábanse unos á otros con la noticia, y les parecia cosa de sueño lo que oian y estaban viendo por sus ojos; pero como tenian hecho tan gran concepto de sus heroicas virtudes, no dejaron de dar alguna creencia á su propuesta. Acompañáronle hasta la celda, y les suplicó que le dejasen solo para disponerse para el último viage: así se estuvo recogido hasta la mañana, que, llamando al guardian pidió le administrase los santos sacramentos porque ya era llegada la hora; recibiólos con ternura, y puesto de rodillas con un crucifijo en las manos, sobre la desnuda tierra, entregó su espíritu á su Criador sin habérsele conocido accidente alguno, sino la voluntad divina que quiso remunerar los servicios que habia hecho en su honor este venerable religioso; cuya vocacion á la religion seráfica se originó de la maravillosa muerte del venerable padre Fr. Juan Bravo, predicando el sermón del mandato en la catedral de Durango en presencia del señor obispo y de este venerable varon, que á la sazón era su secretario, como queda ya en otra parte referido; y este suceso apresuró con eficacia la entrada de este venerable padre á nuestra seráfica familia.

## CAPITULO XII.

*Vida del venerable padre Fr. José Regoitia de San Gabriel.*

El venerable padre Fr. José de Regoitia, que despues en la religion se llamó Fr. José de San Gabriel, fué glorioso lustre de la nacion Vascongada; no se sabe de cuál de las tres provincias, aunque todos afirman ser vizcaino, nombre con que son conocidos en este reino los cantabros. Fué este venerable religioso uno de los singulares trofeos que levantó la piedad divina en la flaqueza de la miseria humana para alarde de su infinita misericordia. El desbocado apetito de su juvenil ardor le precipitó en el abismo de desafueros y torpezas, en cuyos precipicios hubiera sin duda perecido à no haberle sacado de él el Omnipotente brazo, haciendo que de aquel oscuro laberinto saliese à la luz de la verdad por medio del hilo de oro de la penitencia, para llorar sus enormes culpas; para que con su conversion no pierdan la esperanza los mayores pecadores. Vino nuestro José de Regoitia à este reino con las esperanzas que todos, de adquirir en breve tiempo muchas riquezas; pero le sucedió lo que à muchos, que se quedan con los deseos. No era su génio apropiado para atesorar caudal, porque vivia mas licencioso que lo que permitian los fines à que sus deseos se inclinaban, y como le vieron sus paisanos tan divertido, ninguno se atrevió à darle la mano, motivo porque viéndose sin fomento discurrió por varias partes de este reino sin hacer asiento en parte alguna, por

cuya causa vino à dar al Mazapil, en que aunque habia mucha plata, como la tierra era tan desapacible y árida, habia mucha falta de gente para su beneficio.

Era D. José de ánimo intrépido y valeroso, de genio aparejado para emprender cualquiera accion temeraria y menos justificada. Llevado de su natural atrevido hizo asiento en el Mazapil en el ejercicio arriesgado de conducir gente à la labor de aquellas minas, de las cuales huyen todos por las muchas penurias que padecen en sus labores; y para que tuviese gente que trabajase, salian algunos hombres de valor armados y prevenidos y llegaban à Zacatecas, San Luis y otras ciudades, y cogiendo de noche violentamente cuantos podian, los amarraban y con toda ligereza los trasportaban al Mazapil, donde para mejor custodia los metian de noche en unas oscuras cavernas, tan rigorosas y sin resquicio de alivio, que segun me las han pintado los que las han visto, son no desiguales à las cárceles oscuras que en sus Tristes nos pinta la erudicion de Ovidio.

En este cruel ejercicio de violentar hombres para las labores de dichas minas, se ejerció muchos años nuestro José, bien en perjuicio de su quietud y de su conciencia: sucedieronle en esta arriesgada ocupacion y cruel ejercicio muchos infortunios, porque las justicias de las ciudades con gente armada le seguian, y le escapó Dios muchas veces con vida, para que la mejorase y se apartase de la ocasion prócsima en que se hallaba; y como las tribulaciones son los despertadores de la distraccion humana, fué servida la Magestad Divina de despertarle del letargo en que yacia, con una aguda y grave enfermedad que le puso en el último peligro. Hallóse asaltado del achaque y casi à las puertas de la muerte, sin tener de su parte una buena obra, por la cual pudiese confiar el acierto de una confesion verdadera, y el auxilio para un verdadero arrepentimiento de sus culpas: llamó à un religioso de nuestro Orden que se hallaba à la sazón en el Mazapil predicando la cuaresma, al que hizo patentes en la confesion sus culpas, y le significó el desconsuelo que tenia en su alma de que le hubiera cogido el accidente tan desapercibido de buenas obras y en un ejercicio tan desagradable à la Magestad Divina. Era discreto el religioso y le con-

soló mucho, haciéndole recibir los santos sacramentos con bastantes muestras de arrepentimiento y copiosas lágrimas y suspiros, y habiéndolos recibido se halló repentinamente sano; pero no por eso se olvidó del buen propósito que tenía hecho de enmendar su vida.

Viéndose perfectamente sano, siguiendo el mandato de Cristo, repartió cuanto tenía, que era poco, á los pobres y se partió para la ciudad de Zacatecas, en donde pidió el hábito con muchas lágrimas y humildad profunda, y como los religiosos le conocian por hombre de mucho valor y que se habia hecho temer en los contornos de Zacatecas, cuando llegaba á los insultos de robar hombres para las minas, dieron á Dios muchas gracias de verle tan humilde y arrepentido, pidiendo el hábito con tantas lágrimas y sollozos: concediósele con toda voluntad; y así que lo recibió comenzó una penitente vida y fué un perfecto ejemplar de mortificacion y penitencia, aprovechando cada día mas en el camino de la virtud. Desde el instante en que entró en el noviciado, entregó del todo su espíritu en manos de su maestro para que por los medios mas seguros le encaminase á Dios. Era el maestro místico, y sondeada la valentía del espíritu del novicio, le señaló el método de la vida que le convenia por entonces: aplicóse José al cumplimiento de su obligacion con tal fervor y teson, que á pocos dias ya era el ejemplo de todos. Explicaba á todos el dolor de sus pasados escándalos mas con lágrimas que con palabras, explicando mudamente el llanto lo que no cabia en su lengua. En fin, en la humillacion de su espíritu, en la sumision de su voz, en la modestia de sus ojos, en lo consumido de sus carnes, en lo lloroso de sus mejillas y en la amarillez de su rostro traia dibujada al vivo la imágen de un pecador arrepentido y de un hombre perfectamente desengañado.

Correspondia Fr. José con todo su corazón á los auxilios de la gracia, y ésta valiéndose del ardimiento natural del novicio, le hizo apresurar los pasos en el camino de la perfeccion: era en la oracion fervoroso, y así en breve llegó á tan superior grado de union, que, sin poder reprimir los vuelos de su espíritu, padecia violentos raptos, levántándose en el aire algunas veces. Tanta estimacion le negociaron estas maravillosas abstraccio-

nes, que saliendo su noticia fuera del claustro, veneraban ya en Zacatecas á Regoitia como á santo los que antes le habian temido escandaloso. Nadie desconfie de la misericordia divina, que así sabe y puede trocar el corazón del hombre. Profesó el venerable Fr. José para religioso lego, habiéndose prevenido para tan santo acto con multiplicados ejercicios penales y devotos, y luego que se vió con las nuevas obligaciones de su estado, con permiso de su maestro, que era el director de su espíritu, soltó del todo las riendas á sus fervorosos deseos.

Las inclinaciones fogosas del apetito que fueron escándalo del mundo, sirvieron para la satisfaccion de este venerable lego, que con solo mudarles la materia, quedó virtud heroica, la que antes habia sido mostruosidad feísima: para ser San Pablo Vaso de eleccion, no necesitó sino mudar el orgullo y destreza con que perseguia la Iglesia contra el judaismo, cuyas tradiciones habia celado antes. Así nuestro Fr. José, aquellas ciegas temeridades de su corazón atrevido le precipitaron en el alcance de sus apetitos, y ese mismo atrevimiento gobernado por la gracia, le hizo emprender casi imposibles en el camino de la virtud. De tal suerte mortificaba el orgullo de sus apetitos, que los tenia aterrados: no se contentaba su arrepentimiento con las ordinarias penitencias, ni con los ayunos y vigiliias comunes, no con los azotes, mallas y otras penalidades, ni con todos los demas quebrantos con que podia él mortificar su cuerpo; y le parecia que solo hallaria alguna satisfaccion á sus enormes delitos si lograba dar la vida por su Soberano maestro Jesucristo y por la ecsaltacion de su honra. Ardía en su corazón el celo de la casa de Dios, y no contentándose solamente con la salvacion de su alma, quisiera convertirlas á todas con su ejemplo y sus palabras: deteníale para tanto ejercicio el conocimiento de su bajeza, y entre la actividad de su celo y su propio conocimiento padecia un cruel martirio. Resolvióse por fin á comunicarle al prelado sus intentos, y conociendo el ardiente celo de este venerable religioso, le concedió que fuese á la conversion del Rio Blanco, en donde en compañía del padre Fr. Juan Caballero, podia ejercitar su apostólico celo en la conversion de los innumerables bárbaros que se habian descubierto en aquella mision, y otros que se iban descubriendo en el nuevo reino de Leon.

Obtenida esta licencia, no es creible el gozo de este venerable religioso; pues discurrió que por este camino se le ofreciera ocasion de dar la vida por Cristo en la conversion de los bárbaros. Dispúsose de nuevo para tan alto empleo, y como si no hubiera dado paso en la virtud, se afligia mucho, tenia sujetas sus pasiones con cadenas y cilicios que traia à raiz de las carnes, y le parecia poco; afligíalo con asperísimas disciplinas con tanto rigor y violencia, que dejaba regada la tierra con su sangre, y le parecia poco; su ayuno fué continuado, desde que tomó el hábito, y á pan y agua los viérnes y sâbados, y le parecia poco; sus vigiliâs fueron continuas, y no dándole à su cuerpo mas que dos horas de sueño en las veinte y cuatro, le parecia mucho. En los conventos servia con tal esmero à todos, y con tanta alegría de rostro se ocupaba en el servicio de todas las oficinas, que haciendo él solo lo que hacian muchos, le parecia poco; pero este poco ecsistimado por su humildad profundísima, era mucho en la Divina presencia, de cuyo divino influjo fortalecido, salió para la conversion de los gentiles de Rio Blanco. Llegó el venerable religioso en alas de su celo à la conversion del Rio Blanco, y por no tener un punto ocioso el fuego abrasador que en el celo de la divina honra le consumia, comenzó à convertir y catequizar innumerables gentiles, enseñando la doctrina cristiana à innumerables indios, que redujo con su predicacion y blando trato à la fé de Jesucristo, poniéndolos en política y congregándolos en pueblos con tal ardor y celo, que en breves dias ya la conversion del Rio Blanco estaba muy adelantada. Pasó en busca de mas gentiles, y penetró hasta las dilatadas vegas de San Antonio de los Llanos, en donde con la misma actividad y celo en compañía del padre Caballero convirtió innumerables indios y fundó aquel pueblo. Aquí vivió algunos años solo con los bárbaros, porque el padre caballero asistia en el Rio Blanco, y venia à determinados tiempos; aquí pasaba la vida con algunas yerbas de aquellos campos y con una total indigencia de todos los menesteres humanos. Desde esta mision salia en busca de gentiles que convertir, y fueron tantos los que redujo, que fundó las misiones de San Bernardino y la de San Buenaventura Tamaulipa, poniéndolos à todos en toda forma política, adquiriendo en sus

rústicos corazones mucho lugar su afable trato; y como en aquellos desiertos tenia campo abierto para ejercitarse en todo género de mortificaciones y penitencias, aumentaba cada dia la corona de sus merecimientos.

No logró el fervoroso celo de este ministro el dar la vida por la honra de su Amado, y así vivió con estas ansias en un continuado martirio, hecho mártir de deseos, y así à las violencias de este divino incendio que le abrasaba, entregó su espíritu en las manos del Señor, en el convento de San Antonio de los Llanos, cuyas distancias y la sublevacion que ha habido muchas veces de los indios de esta doctrina, nos han privado de algunas maravillosas señales que se puede discurrir tendria en su muerte, quien en su vida fué un vivo dechado de toda perfeccion religiosa, no siendo la menos culpada en la falta de noticias, la omision de los hijos de esta apostólica provincia en inquirir cosas dignas que proponer para la imitacion à la posteridad de sus hermanos.

### CAPITULO XIII.

*Refiérense las vidas de otros ejemplares hijos de esta provincia de Zacatecas.*

El venerable padre Fr. Juan Gomez tomó el hábito en el convento de Zacatecas: era de espíritu fervoroso y muy celoso del bien de las almas; luego que se ordenó y acabó sus estudios, se entró entre los bárbaros chichimecos, por ver si à costa de trabajos y si necesario fuese, à costa de su vida, podia convertirlos à la fé de Jesucristo: padeciò en esta empresa ham-